

Sagrada Familia. Año C

Lectio divina sobre Lc 2,41-52

Lucas nos narra un episodio en el que se conjuga la sumisión filial de Jesús a sus padres en Nazaret y la absoluta obediencia al Padre en el templo de Jerusalén. La actitud de Jesús no es comprendida por su madre, a quien vemos, primero, angustiada por la pérdida de su hijo y, después, sorprendida por la independencia de un niño que se le está haciendo adulto. Cuanto más crece Jesús, menos hijo suyo se siente. María ve crecer al Hijo de Dios. La cercanía de Dios, alcanzada por los padres de Jesús, no les ahorró disgustos e incomprensiones: ante sus ojos su hijo se les iba haciendo, al mismo tiempo, hombre e hijo de Dios.

El suceso es sumamente aleccionador. Desde el punto de vista de su familia, Jesús se pierde porque se debe a Dios y sus cosas. Desde el punto de vista de Jesús, sus padres deben aceptar una decisión que entraña la renuncia a la patria potestad. La armonía vuelve a la familia cuando todos aceptan sus respectivas funciones: el respeto al otro es base de la familia que quiere seguir el querer de Dios.

⁴¹Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua.

⁴²Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, ⁴³cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. ⁴⁴Éstos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; ⁴⁵al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca.

⁴⁶A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas; ⁴⁷todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba.

⁴⁸Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre:

«Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.»

⁴⁹Él les contestó:

«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?»

⁵⁰Pero ellos no comprendieron lo que quería decir.

⁵¹Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. ⁵²Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Lucas es el único evangelista que cuenta algo sobre la adolescencia de Jesús. El episodio de la pérdida y el hallazgo de Jesús en el templo de Jerusalén (Lc 2,41-52) cierra el relato de su infancia. Para el evangelista el hecho es más que un simple episodio de juventud, es el preámbulo de la misión personal de Jesús. En realidad, un suceso así podría haber pasado desapercibido, por normal. Incluso los padres de Jesús no “veían” nada especial en su hijo..., hasta el día en que se les perdió.

Tras la anécdota de un extravío casual se cierne la amenaza de su definitiva pérdida; públicamente Jesús deja de ser hijo de María y José para declararse hijo de Dios. Con ello llega a su final natural un relato que comenzó con un infante en brazos de María (Lc 2,12.16), pasando por el niño (Lc 2,17.27-40) e hijo (Lc 2,43) que termina por ser hijo de Dios (Lc 2,49). Como en el episodio anterior (Lc 2,21-39), el templo es el lugar central de la desvelación del misterio personal de Jesús. Se presenta estructurado siguiendo el mismo modelo: subida a Jerusalén (Lc 2,42; cf 2,22), revelación de Jesús (Lc 2,46-47; cf 2,30-31), comentario sobre la madre (Lc 2,48; cf 2,39), regreso a Nazaret (Lc 2,51; cf 2,39). El centro del episodio, y su clave de comprensión, está en la doble pregunta de Jesús a su madre (Lc 2,48). María no logra entender ni el hecho de la pérdida ni la razón que aduce su hijo (Lc 2,50). Pero en la respuesta de Jesús desemboca cuanto sobre el niño se ha ido contando, con la diferencia de que ahora es él quien así se define: es hijo de ‘otro’ Padre y a El se debe.

Dentro del relato de la infancia, el episodio es su final logrado. Aunque se le presente como aprendiz, Jesús habla por vez primera, apenas rozada la mayoría de edad, como hijo de Dios, con plena conciencia de su misión. Lo que anunció el ángel (Lc 2,1-20) y vió Simeón (Lc 2,21-22), es confirmado con creces por el mismo Jesús (Lc 2,41-51). Su sabiduría humana puede ir creciendo aún (Lc 2,52), pero ya sabe lo fundamental, que Dios es su Padre (Lc 2,48). No es indiferente que sea el templo el lugar de la proclamación; antes de quedar sujeto a la ley de Dios, Jesús se sabe su hijo y se ocupa de sus cosas. En su hogar, la casa de su Padre.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

El misterio de la Navidad, que estamos celebrando estos días, nos es presentado hoy bajo un nuevo aspecto: Dios-con-nosotros quiso hacerse hombre *como* nosotros. Y, como cualquiera de nosotros al nacer, fue acogido en el seno de una familia como hijo. La fiesta de la Sagrada Familia es, pues, consecuencia lógica de la Encarnación del Dios en quien creemos. Más que modelo de vida, la familia de Nazaret nos presenta, realizada a diario, la voluntad de cercanía del Dios

cristiano; quiso, en efecto, sernos tan familiar, que se nos volvió hijo de una pareja, por más que ésta no estuviera al principio muy dispuesta a tenerle. María, siendo virgen, no estaba preparada para ser madre. José, sin haber sido el progenitor, tuvo que hacer de padre. Llegar a ser la familia de Dios fue una sorpresa para los padres de Jesús. Y todo, porque Dios quiso ser hijo de hombres, como cada uno de nosotros. Dios quiso ser un hombre normal y tener una familia donde aprender a ser hombre. Ésa fue su forma de convertirse en un Dios familiar.

Deberíamos sorprendernos un poco de esta voluntad de Dios de venir a nuestro mundo en el seno de una familia. Tan grandes fueron sus ganas de contar con una familia propia, que obligó a la convivencia a quienes había elegido como padres suyos. Habría que tomarlo en serio, si queremos atisbar un tanto el misterio de la navidad, ese deseo de Dios de encarnarse entre nosotros: vivimos en un mundo que amenaza del mil modos la familia. Para el creyente en Cristo Jesús, Dios-connosotros, ha de resultar evidente que una sociedad, un corazón, que no ama la familia, no puede ser considerada cristiana: no es 'nuestra' una cultura, unas ideas, una política, unos intereses, que no estén al servicio de la familia. Y, por desgracia, no siempre son los otros los enemigos de nuestra vida familiar. A menudo, somos nosotros mismos los más eficaces demoledores de nuestra familia, cuando no la fomentamos, no la cuidamos a diario, la menospreciamos o no empeñamos en mantenerla unida.

El cristiano tiene buenas razones para disociarse de cualquier proyecto, propio o ajeno, que debilite la vida de familia. Tales razones no las hemos inventado nosotros: nos las ha dado Dios, haciéndose hombre al hacerse hijo de María y José. No son, pues, simples valores tradicionales o intereses por conservar - lo que se considera un bien natural -, cuanto debe convertirnos a los cristianos en hombres profundamente familiares. El cristiano no es mero conservador de unos valores culturales, sino todo un creyente en el Dios de Jesús. Y Este nos ha venido al encuentro a través de una familia: la *familia de Belén* fue el signo dado a unos pastores para encontrar la salvación y la estrella guió a unos paganos hasta ella, conduciendo así a más los alejados al encuentro con Dios. Belén se encuentra - y allí encontraremos a Dios - donde la familia vive unida y se somete a la voluntad de Dios. El Dios-con-nosotros, aquél que se encuentra donde está la familia unida por Dios, es nuestro Dios. Sólo Ése.

No es casual que nos cueste tanto esfuerzo encontrarle, cuando nosotros, como tantos de nuestros contemporáneos, nos estamos empeñando en buscarlo donde no puede estar, lejos de la vida de familia. Volver a la vida familiar, volver a tener la familia como propia tarea, como meta de la vida, podría devolvernos a nuestro Dios. El Dios cristiano es un Dios familiar porque ha escogido la familia, la suya y la nuestra, como lugar de su presencia en nuestro mundo. Lo hizo la primera navidad y eso es lo que nos recuerda ésta última. Siendo malos padres/hijos no buenos no podemos ilusionarnos con ser buenos creyentes en el Dios que se hizo hombre, haciéndose hijo obediente de unos jóvenes esposos.

Con todo, no deberíamos hacernos demasiadas ilusiones. Que Dios se nos haga encontradizo en el seno de la familia, no hace más fácil la convivencia con Él. La narración evangélica lo recuerda: la familiaridad de María y José con Jesús, el Dios encarnado, no les ahorró incomprendimientos y dolores, al parecer gratuitos, innecesarios como es todo dolor familiar. Y es que, aunque hijo, aunque familiar, Jesús es siempre diferente, extraño, alejado de nuestras preocupaciones pequeñas y ocupado siempre en dar satisfacción a su Padre. Es significativo que María, la madre elegida por Dios, pasara por la experiencia de perder, momentáneamente, a su hijo, ese hijo que lo era realmente de Dios. ¿O es que no nos conmueve que María haya pasado por esa experiencia que, por desgracia, nosotros tantas veces repetimos de perder a Jesús y penar por no saber dónde o cómo recuperarle? Y cuando lo encontró, tuvo que reconocer que ese hijo no era suyo ya, no estaba ya a su disposición, que se le podía extraviar de ahora en adelante. Con esta madre, con esta familia de Dios, sí que nos podemos sentir compenetrados: ¡cuántas veces se nos ha perdido también a nosotros el Dios que creíamos cercano, familiar, cuántas veces se nos ha extraviado!

Y es que el Dios familiar no es un Dios de fácil convivencia ¿Por qué iba a serlo Él, si no lo somos nosotros? Pero quien sabe que Dios pertenece a su familia, lo busca como María; no cesa hasta encontrarle. Y lo encuentra en el Templo: allí donde está Dios por definición allí estará nuestro Dios familiar. No nos preocupe, pues, el haber perdido alguna vez a Dios; el haberlo extrañado en el seno de la familia, el echarlo en falta, es ya el mejor inicio de su búsqueda: aprendamos de María que, por más que lo sepamos de los nuestros, podemos perderlo sin darnos cuenta, casi sin advertirlo, sólo porque estamos más preocupados por salir adelante con nuestros planes que por cuidarnos de los planes del Padre de Jesús.

Aprendamos de María, también, a dolernos por su ausencia y a afanarnos por encontrarlo. Sólo se echa en falta lo que antes se tenía y todavía se valora como bien. El haber perdido a Dios, y sentirlo, nos descubrirá lo mal que se está sin Él, cuánto nos duele su ausencia. Saberlo perdido es ya una forma, imperfecta pero sincera, de amarlo. Y la razón más profunda para ponernos a buscarle. Si nos angustia su desaparición, si nos arriesgamos a ir preguntando por Él a cuantos encontremos en nuestro camino, sabremos que le amamos tanto como para no avergonzarnos por haberle perdido y estar buscándole. Querer tenerle entre nosotros, en familia, será la mejor prueba de que le queremos de verdad. María es ejemplo de madre de Dios, también porque lo buscó dolorida.

Quizá sea éste el camino que tenemos nosotros, el único que nos queda, para volver a hacer a Dios de nuestra familia. No lo desaprovechemos: cuidemos nuestra vida familiar, que allí puede estar esperándonos el Dios de la navidad. Y si por descuido hemos perdido de vista a Dios, lancémonos en su búsqueda: cuando lo recuperemos, como María, lo respetaremos más y lo atenderemos mejor. Un Dios al que podemos extraviar merece mayores cuidados. Si María lo tuvo que aprender, ¿por qué no lo haremos también nosotros?